

en las novelas de finales del siglo pasado, y en todas las que aparece una "griseta", una mariposilla elegante, la heroína de los cabarés de Montparnase tenía que llamarse Frou-Frou. Recuerde usted que hasta en la zarzuela se canta aquello de "Frou-Frou del Tabarín, desprecias la virtud, etcétera". ¿Por qué ponerle entonces a un teatro el nombre que simboliza a una... griseta? Mi educación y mi clase me impiden hacer comentarios. Piénselo usted, estimada señorita, y comprenderá que no es conveniente ese nombre, por aquello de las comparaciones.

Acabo de leer en un periódico en que venían envueltas unas flores que le trajeron a Alfonso, que no va usted a representar *Naná*, de Emilio Zolá, obra que después de todo le iba al Salón Frou-Frou, por su tema y por su horrible adaptación de novela a pieza, sino que se lanza con *Lisistrata*, de Aristófanes, en una versión en la que se hablará "un español muy mexicanizado que no descarta el albur", según dice ese mismo periódico. Mucho tendría que decir al respecto, estimada señorita, pero creo que cuando se ha perdido por completo la proporción de las cosas, cuando la más pequeña autocrítica ha desaparecido, cuando han dejado de importar los niveles en los que uno puede moverse y cuando en efecto el teatro deja de serlo para convertirse en *Saloon*, las personas que tuvimos, tenemos y tendremos por toda la eternidad una mínima dosis de buen gusto y de sentido común, lo mejor que podemos hacer es olvidar que un día estuvimos en ese pobre mundo de los vivos. Reciba usted, estimada señorita, el silencio eterno de una actriz, término ya en desuso en la República Mexicana.

Virginia Fábregas

1 de abril de 1973

LA MAESTRA MEDIO ABSTEMIA

Antes de estrenarse la obra intitulada *Y la maestra bebe un poco*, yo vivía en un constante "sucirio" (así llama mi madre a una

especie de angustia en la boca del estómago), porque sabía que ésta sería la crónica teatral más difícil de mi existencia. Mi esposa trabaja en la obra y yo no quise asistir nunca a ningún ensayo, de manera que no sabía si estaba bien o mal. Y me preguntaba: ¿Qué voy a escribir si está bien? Si la elogio, los lectores en este terrible ambiente artístico sonreirán con desprecio y murmurarán por lo bajo y por lo alto: “¡Claro, como es su mujer!” Y volvía a preguntarme: ¿Qué voy a escribir si está mal? Si le digo que es una mala actriz recibiré a su abogado para los trámites del divorcio y mis hijos se convertirán en rebeldes con causa. Pero no se crea que mi “sucirio” terminaba allí: también trabaja en esa obra Celia Castro, quien además de ser una de mis mejores amigas, es la esposa de Raúl Astor, director de producción de Televisa. Ahora bien, como la crítica teatral no me permite solventar las letras de mi Cadillac ni el pago al banco por la hipoteca de mi palacete en Las Lomas, tengo que prestar mis humildes pero muy valiosos servicios en Televisa, lo que quiere decir que el señor Astor es mi jefe. Y me preguntaba: ¿Qué voy a escribir si Celia está bien? Los murmuradores sonreirán aún más y me gritarán por la Zona Rosa cuando saque a pasear a mi french-poodle: “¡Cobarde, vendido, ten tu plato de lentejas!” ¿Y si está mal y lo digo? ¡Perderé mi trabajo y mis hijos ya no podrán seguir estudiando en Oxford! Como se verá me encontraba yo, como se decía en los melodramas del siglo pasado, “en un terrible dilema”.

Y así llegó la tan temida y esperada noche del estreno de *Y la maestra bebe un poco*.

Los murmuradores pueden comenzar su labor, porque tanto mi esposa, que se llama María Rubio, como Celia Castro, están espléndidas en la obra. Juro por las cenizas de Ignacio Manuel Altamirano que siempre he procurado decir *mi verdad* en las críticas que hago, y hubiese arrostrado el divorcio y el cese si hubieran estado mal, pero no lo están, por fortuna para ellas y para mí. Celia Castro muestra una seguridad en escena que es envidiable, y logra darle a su personaje de la pobre maestra llena de frustraciones una verdad que llega al patetismo. Se nota en ella un intenso trabajo previo para la composición, un ahínco para vencer las dificultades de un personaje que pasa de la depresión

más absoluta a la alegría desbordante. Sólo cuando grita se le pueden criticar ciertos tonos falsos porque desgarra demasiado la voz, pero bien se puede decir que en Celia Castro hay una actriz muy respetable.

En cuanto a la madre de mis hijos, volví a sentirme orgulloso de ella, como en múltiples ocasiones, por ejemplo cuando logró hacerme *hot cakes* que no estuviesen crudos o cuando me dejó llegar a casa después de las diez de la noche. María ha llevado una carrera de actriz muy valiosa desde que comenzó a interpretar papeles importantes en Teatro Club con Rafael López Miarнау. Más tarde la televisión la absorbió y creí que cuando regresara al teatro iba a hacer una telenovela. ¡Cuán equivocado estaba, oh, cuán equivocado! La elaboración del tipo que hace en esta obra es digna de todos los aplausos del Auditorio Nacional lleno. Logró encarnar a la típica norteamericana tonta, superficial y egoísta, con una naturalidad maravillosa, y toda su larga escena del segundo acto es una demostración del buen decir, del buen sentir y del buen actuar. (Espero que con esta frase me regale un saco de cachemira que vi en mi último viaje a Marruecos.) Muy bien, querida esposa, querida actriz.

Y paso a ocuparme de la primera figura de esta obra, doña Ofelia Guilmáin, quien tendrá que perdonarme el no haber hablado de ella en primer lugar, pero espero comprenderá mis razones sentimentales. Al terminar la representación volví a preguntarme (yo me pregunto siempre muchas cosas): ¿Qué hace Ofelia en esta obra si el papel le queda tan chico? Está magnífica, pero estamos acostumbrados a verla en papeles casi casi épicos, como *Medea*, *Troyanas*, *María Tudor*, *Juana la Loca*, etcétera, y no en una maestra también llena de frustraciones, pero con un amargo sentido del humor. Pronto comprendí la razón y me llenó de agrado: Ofelia, aun siendo la primera trágica del teatro en México, cubierta de glorias y laureles, ama entrañablemente su profesión, quiere estar vigente siempre, y por ello se pone a prueba. En efecto, Ofelia jamás había hecho este tipo de trabajo, de salir a un escenario no con las colas de terciopelo y las golas, ni las túnicas y las sandalias, sino con pantalones, fumando, cocinando y diciendo chistes; para ella este género era nuevo y quiso probarse a sí misma. Ojalá todas las actrices del mundo, cuando

llegan a la cúspide, aun quisieran probar lo que aparentemente es fácil, pero que puede resultar muy difícil. Claro está que la Guilmáin sale tan airosa de esta prueba como si se tratara de *Medea*.

Marilú Elízaga, esa hermosa señora de imponente presencia escénica, tiene a su cargo el “hueso” de la obra, es decir, un papel gris, parejo y de muy escaso lucimiento. Sin embargo, Marilú está en todo momento en situación, impone como la dama rica, sin cariño y sin corazón, lamentando el peso de tener dos hermanas que no se conforman con la mediocridad en la que viven. Y Héctor Gómez, quien equivoca, y en esto nada le ayudó la directora, su personaje al hacerlo gritón, manoteador, histérico, haciendo, en fin, exactamente lo contrario de lo que es ese Bob, mediocre también, pero con un poco más de sentido común que el resto de los personajes. Es lástima que Héctor, siendo un buen actor, se haya perdido en esta ocasión.

La dirección de Nancy Cárdenas es buena en cuanto al movimiento escénico y en cuanto a composición plástica, pero no ahondó lo suficiente en el interior de sus personajes, por lo que cada quien parece que está en diferente obra y no se logra ese ambiente de mediocridad y de sordidez semicómica que pide el autor. En una obra de caracteres es en donde la dirección debe ser como un escalpelo (me puse elegante por decir bisturí) que saque a luz los retorcimientos y complicaciones de esos pobres seres humanos ahogados por el tristemente famoso *stablishment*.

¿Y la obra qué? Todo buen crítico teatral comienza siempre su escrito hablando de la obra, de la edad del autor, de los últimos aguaceros en el Bajío y de su amplísima cultura, pero como yo no me considero crítico sino cronista, comienzo por donde me da la gana y dejo al último la obra, y con mayor razón en este caso en que la pieza de Paul Zindel no le llega ni a los talones a su anterior, que era *El efecto de los rayos gamma sobre las caléndulas*. En esta maestra que bebe un poco, Zindel tampoco se atrevió a profundizar demasiado en la clase media baja de su país, a la que pertenece esa paupérrima raza de los maestros, y se quedó en la superficie, aunque ella le basta para mostrar la frustración terrible de esas cuatro mujeres. Sin embargo, al pretender escribir una tragicomedia, Zindel perdió la brújula

y por ello su pieza va cojeando siempre, con alzas y bajas, hasta que al final el espectador no sabe lo que vio, por más que le haya quedado un saborcillo amargo en el paladar.

¡Qué descanso haber apurado ya el cáliz de escribir esta crónica! Nadie quedará contento de todos modos, porque mi esposa seguramente me dirá: “¡Pudiste haber escrito más sobre mí!”, y Celia Castro pensará “Fue una crónica para salir del paso y no comprometerse”, y Nancy Cárdenas meditará: “Si todos los críticos me elogian, ¿por qué este cretino no?”, y Ofelia: “Siempre he dicho que Reyes de la Maza es el mejor crítico de México”, y Marilú: “¡Vaya, hasta que me trata bien este pobre diablo!” y Héctor Gómez: “¡Está loco! Además, yo no tengo la culpa si me lo marcó así la directora.” Y Paul Zindel (¡iluso de mí al creer que va a leerme en los Estados Unidos!): “Este señor no entendió una pajolera palabra sobre mi obra.” Y muchos actores de nuestro querido ambiente: “Es un miedoso al escribir, porque a nosotros no nos gustó ni María Rubio, ni Celia Castro, ni Ofelia Guilmáin, ni la obra, ni la dirección, ni el teatro, ni los calcetines que nos pusimos esa noche.” Que digan lo que quieran, que al fin yo como Margarito Ledesma: “Llevo como lanza mis desprecios.”

El Heraldo Cultural,
2 de septiembre de 1973

EL TEDIO DE NUMANCIA

En una ocasión dije que los clásicos eran unos señores muy inteligentes y muy valiosos que jamás pensaron en que con el paso de los años iban a convertirse en unos fantasmones insoportables debido al santo respeto, a la solemnidad exacerbada y a la admiración desmedida que iban a tenerles y a darles sus descendientes. Si los griegos como Esquilo, Sófocles, Eurípides, y no digamos Aristófanes, y los comediógrafos como Alarcón, Lope, Tirso, Quevedo y muchos más encabezados por don Miguelito de Cer-